

la laya de Maltancito. Ya lo expresaba ella con sus «¡naturalmente!» y sus mohines de asentimiento á todo lo que salía por mi boca y era mi propia alma. Y hablando así, creía yo asegurar mi felicidad y el éxito de mi empresa.

Mas no por eso descuidaba la rueda de Delfina. ¡Cá! A veces dejaba plantado en medio de un párrafo á D. Isaías, á quien trataba de conquistar con las mismas armas (¡no tenía otras!), y cercaba discretamente á mi tormento, y ya de pie, ya sentados bajo la luz de las bujías que en las cornucopias lánguidamente se consumían de tristeza, Delfina y yo platicábamos; es decir, yo, porque Delfina, aunque locuaz y de mucho ingenio, se volvía muda conmigo y no hacía más que morder la borla de su abanico diminuto. Cuanto soñaba yo en mi triste rincón de soltero; cuantos sentimientos nobilísimos hervían en el fondo de mi corazón; cuantos deseos de paz, de dicha compartida me agitaban; todas las flores morales, en suma, cultivadas con tanto celo, iba arrojándolas cada noche á sus pies. Y aún la veo, indiferente, distraída, mordiendo la borlita, con los ojazos revoloteando de un extremo al otro, estallando en risa de pronto con la última hazaña de Maltán de Pablos, el payaso.

La veo ahora, pero no entonces que su actitud me convencía era de modestia, de pudor y de discreción, la única compatible con su papel de señorita del gran mundo. Poseído yo del mío, de hombre de catecismo cuyos preceptos cumple con rigidez laudable, no había

de pensar que mis palabras sonaran á hueco en aquella almita que á mí se me antojaba gemela de la mía y la sola capaz de llenar el vacío inmenso de mi vida. Llámese fatuidad ó como se quiera, tenía la confianza absoluta del que posee una moneda de oro y hace calendarios en que juegan su voluntad y su capricho. Así, cuando me concedía Delfina el favor de bailar con ella, mi aplomo, mi satisfacción radiante, arrancaban á mi tía Sandalia comentarios traducidos de esta manera en el apretón de manos de la despedida:

— ¡Bravo, Juanito! Esto marcha. No necesito que me confieses nada. El más ciego lo ve claro. Te felicito y que San Pedro os bendiga á los dos.

Ya lo creo que marchaba. Tres veces me habían convidado los Daver en su casa, que estaba donde ahora el palacio de García Luces, en la plaza del Retiro, y era muy grande, con un patio como una selva y puesta con bastante lujo, como que D. Isaías Daver decían que mercaba con el Brasil y se sorbía los *contos* lo mismo que si fueran reales. Pues en los tales convites no hallé sino agasajos, aunque no faltara el indispensable Maltancito para aguarne un poco el vino.

Creo ingenuamente que aquella sociedad era más morigerada que la actual, y lo digo como lo creo; sin embargo, he aquí lo que sucedió una noche en casa de Tejera y que contaré sin ringorringos para mayor claridad: se refería, con sordina, la aventura de un emigrado de Montevideo, que al regresar encon-

tróse con que las mismas piedras hablaban de su esposa, y de semejante estropicio sacaron motivo el cuñado Esquendo, Maltán de Pablos y algún otro de los solteros terribles para apalear al pobre... señor; y soltar agudezas de malísimo gusto que divertían mucho á los que, en apretada rueda, escuchaban al narrador, y eran todos los tertulianos menos las niñas, agrupadas en un rincón y muy alerta por supuesto. Quemado me sentía yo y con hormigas en la lengua; miré á misia Candelaria, que respondió á mi consulta con un gesto que parecía decir: «Y usted qué hace ante escándalo tamaño? Usted, el impecable...» y no necesité más para prorrumpir en rayos y centellas contra las «teorías disolventes,» «los amaños de la traición,» «las espantosas consecuencias de la inmoralidad,» y cantar loores á la fidelidad, al hogar sagrado, al santo amor conyugal, etc., etc. Arrebatado de elocuencia y de emoción sincera, figuraba yo un apóstol predicando á los gentiles, y acaso sobre mi cabeza brillaba en aquel momento la lengua de fuego simbólica... Callé, y el mayor de los gentiles, Maltán de Pablos, me asestó esta pedrada:

— Adiós, Pedro el Ermitaño; ¿cuándo es la toma de hábitos?

Riéronse todos hasta reventar. La misma misia Candelita se sacudía en el sofá como una epiléptica; D. Isafas y el tío Gaspar felicitaban al gracioso con palmas, y Delfina, Delfina, á quien suponía yo con el alma toda vibrante y estusiasmada, enseñábale de le-



... como actor silbado hube de retirarme por el foro

jos el cerrado abaniquito en son de amistosa amenaza:

— Este Maltán, ¡qué poco serio!...

Me llené de confusión, y como actor silbado hube de retirarme por el foro. Tenía por costumbre acompañar á la familia de Daver cada noche hasta la esquina de su casa, pero aquella no lo intenté siquiera, avergonzadísimo. Cuando todos se marchaban, mi tía Sandalia me llamó:

— Ven, Juanito, ven.

Y delante de la abandonada mesa de tresillo se sentó como juez que ocupa su estrado, acercándome yo más temeroso que si llevara las manos tintas en sangre por horrible crimen... Mi tía Sandalia era una santa; devota, más que ninguna, de la tradicional patrona de la familia, la Virgen del Carmen; casada á los veinte años con el vejancón de mi tío, viudo de una hermana suya, sólo á la fortaleza admirable de su virtud debía la alta consideración social que se la dispensaba, y jamás lenguas ni plumas la pusieron la menor tacha. De mí sé decir que, única mujer en el mundo cuya voz ha sido una caricia para mi oído y mi alma entera, la miraba como la propia encarnación de la prudencia; aunque de muy pocos años más que yo y de sobrada belleza para inspirar otra cosa que respeto juvenil, peligro que la inocencia suya y la mía, en tantos años de íntima parentela, salvaron como el pie inconsciente el encubierto abismo que ignora. Y lo que me dijo mi tía Sandalia, con el dejo tierno que empleaba conmigo, fué lo que sigue:

— Mira, Juanito, no vuelvas á hablar en sociedad como has hablado esta noche; no porque esté mal lo que has dicho, que tan bien está, que ni el Evangelio lo dice mejor ni el más grande predicador en su púlpito, sino porque hay que tratar siempre de adaptar la idea al auditorio, y la frivolidad corriente, la corrupción, si quieres, no responde á la nota sublime tuya y se escandaliza, ¡mira qué absurdo más grandel, de que un joven de tus prendas ensalce en un salón lo que no le parecería fuera de lugar, ni ridículo, ni digno de risa que ensalzara el cura en la iglesia. Resulta, pues, que todo es cuestión de oportunidad, y por no saber ser oportuno y conocer la casta de gente (muy honrada, sin embargo) á que te dirigías, has desafinado. Yo no sé si me entiendes, y hasta me cuesta explicar este galimatías: lo dicho está muy bien dicho, pero no has debido decirlo aquí ni en ninguna parte, porque al gusto social no sienta que tú lo digas; practícalo en buena hora, pero en silencio. ¿Comprendes?

Contesté que sí, y mi tía prosiguió:

— Ya se me alcanza á mí que tú á quien principalmente dirigías tu perorata era á Delfinita. Suspiras, y esto me confirma en mi creencia... Bueno, y que más te duele á ti de tu fiasco el silencio de ella que la burla general. Es que Delfinita es como todas las muchachas; y si no tocas más resorte que el de esta noche, y andas con delicadezas y tiesuras, te quedarás compuesto y sin novia. A las muchachas les gusta el amor alegre, risueño, saltarín y revoltoso. En vez de

este alado juguete, tú la presentas un adusto viejo, rezongón y fastidioso, el deber. Cada cosa á su tiempo, hombre. ¿Sabes lo que me decía Candelita mientras tú hablabas? «Va á ser el marido más insufrible y pegajoso del mundo.» Yo sé que no; pero, entretanto, lo pareces, y como no quiero que lo parezcas, porque te estimo mucho y estoy segura de que ya podrá considerarse feliz la mujer á quien llames tu esposa, deseo que te corrijas de estos accesos de lirismo que te ponen en ridículo; el hombre debe mostrarse otro que tú te muestras, y no andar con el corazón á las vueltas, que lo que se saca de llevarlo siempre en la mano es lastimarlo. Llévalo como la custodia en las procesiones, bien tapadito y no dejando ver de él más que lo que conviene que se vea: la muchedumbre es irreverente. Y si no, prueba al canto.

Aunque estaba el salón desierto, bajó la voz mi tía.

— Candela me ha preguntado si lo del chico era cierto; el chisme anda flotando de oído en oído, echado á volar por no sé quién, y como tú no te ocultas y el hecho resulta cómico, que joven tan atildado y que dice cosas tan bonitas, heraldo de la moral, salga con trapicheos de los que el más corrido se guarece como de la peste...

— Usted sabe bien, Sandalita — interrumpí yo con angustia, — que no es cierto...

— Sí, sí — repuso ella vivamente; — pero ¿cómo lo desmiento en forma que te salve á ti y quede limpia de mancha la memoria de tu hermana Laurentina? Lau-